

## ¿ARGEL O BOHEMIA? EL DILEMA ESPAÑOL (1618–1619): 1ª parte\*

por BOHUMIL BAĎURA  
(Praga)

La literatura especializada que ha fijado su atención hasta la fecha en el contexto internacional de la revuelta de los estados de Bohemia ha mostrado el papel que España jugó en su represión; quedó sin embargo al margen de su interés explorar la relación entre la guerra de Bohemia y la durante largo tiempo planeada expedición española de conquista a Argel, considerada un paso imprescindible para la protección de las costas y navíos españoles. La misión de mi artículo es aproximar este proyecto a los lectores y aclarar la difícil decisión ante la que España se encontró en la segunda mitad del año 1618, precisamente cuando los preparativos de la ofensiva contra Argel ganaban en intensidad. A esta acción, que pretendía liquidar la base principal de los piratas que infligían a España tan cuantiosas pérdidas, se le cruzó en el camino una complicación nueva y completamente inesperada bajo la forma de la necesidad de ayudar a la rama austriaca de los Habsburgos contra los sublevados estados de Bohemia. Al principio pareció que los gastos de la guerra de Bohemia no serían obstáculo para la empresa argelina. Pero el desarrollo de la contienda, desfavorable para los Habsburgos, unido al temor de que podrían perder no sólo el reino de Bohemia sino incluso la corona imperial, con la consecuente amenaza para las posesiones españolas en los Países Bajos e Italia, supuso una carga cada vez mayor para el tesoro del estado español. Esto fue al final decisivo para la expedición, ya planeada y muy deseada. A pesar de que todavía en diciembre de 1618 Felipe III seguía insistiendo en la campaña, en enero de 1619 abandonó la idea en favor del apoyo más intenso a las armas imperiales. Las páginas siguientes van a ocuparse en profundidad de la problemática que hemos esbozado.

### **Planes antiargelinos, propuestas y negociaciones hasta mediados del año 1618**

La conquista de Argel fue desde el comienzo del siglo XVI una de las metas de España, que se afanaba desde el final de la reconquista en conseguir un punto de apoyo en las costas norteafricanas. Comenzaron los españoles, a iniciativa del Duque de Medina Sidonia, por apropiarse Melilla (1497), y luego, durante un periodo de elevado interés por el Norte de África de Fernando el Católico, cayeron en sus

---

\* Este estudio tendrá continuación (2ª parte) en el siguiente volumen de *Ibero-Americana Pragensia* (año XLV). En vista de que nuestro querido colega haya fallecido el 21 de septiembre de 2014, allí mismo se verá también su necrología. (Nota de la redacción)

manos Mers-el-Kébir (Mazalquivir – 1505), Peñón de Vélez (1508), Orán (1509), Bugía (1510) y en el mismo año incluso Trípoli. La conquista de Bugía atemorizó al gobernante argelino que, temeroso de sufrir el mismo destino, prefirió aceptar la soberanía de España sobre su país, como asimismo hizo en 1511 el rey de Tremecén.<sup>1</sup> El objetivo inmediato de estas campañas era limitar la piratería musulmana, que estaba dañando los intereses españoles. Argel, con su puerto y sus fértiles tierras de labranza, se convirtió en la base principal de los piratas, o corsarios, como se les llamaba con más frecuencia. La sujeción a vasallaje de Argel a España no significó la aniquilación de la piratería local. Pero los españoles se esforzaron por mantenerla al menos bajo control mediante la conquista de una pequeña isla frente a Argel, donde construyeron una fortaleza desde la que podían controlar el puerto. El monarca argelino Salim al Taḡālibi<sup>2</sup>, ansiando librarse del vasallaje español, aceptó el año 1516 la ayuda de Aruch, el mayor de los hermanos de Barbarroja, y sus soldados turcos. Traicionando y asesinando a Selim, Aruch se hizo con el gobierno de Argel. Las reacciones españolas a estos acontecimientos –los intentos de conquistar Argel que trataron de realizar los comandantes Diego de Vera (1516) y Hugo de Moncada (1519)– no fueron coronadas por el éxito. Tras la muerte de Aruch (1518) el gobierno de Argel y sus contornos, pronto ampliado con nuevas conquistas, recayó en su hermano Jayr al-Din, que después se convertiría en el almirante de la flota turca en el Mediterráneo y aliado del rey Francisco I de Francia, enemigo irreconciliable de Carlos V. Con Barbarroja Argel cayó bajo el dominio turco y la actividad de

---

<sup>1</sup> Fernand BRAUDEL, “Les Espagnols et l’Afrique du Nord de 1492 a 1577”, en: *Revue Africaine* 69 (1928), pp. 223–224.

<sup>2</sup> En la literatura más antigua se le conoce como Selim Eutemi (Diego HAEDO, *Topografía e historia general de Argel*, Madrid 1927, reed. de la edición del año 1612) o Selim ben Eddin (Carlos RODRÍGUEZ JOULIA SAINT-CYR, *Felipe III y el Rey de Cuco*, Madrid 1954). La grafía de los nombres árabes difiere también en otros casos, dependiendo del uso a que se inclina tal o cual autor. El ejemplo evidente ofrecen verbigracia los nombres de los hermanos Barbarroja. Me inclino a la grafía empleada por Abdalah LAROUÍ, *Historia del Magreb desde los orígenes hasta el despertar magrebí. Un ensayo interpretativo*, Madrid 1994, p. 240: Aruch, para el mayor de ellos, y Jayr al-Din para su hermano y sucesor en el reino de Argel. En la literatura Aruch aparece p. ej. en la forma Horuc (*Diccionario de Historia de España* I, Madrid 1952, p. 266), Arudj (*Tratados Internacionales de España. Carlos V, II: España – Norte de África*, por P. Meriño con la colaboración de M. Morán, Madrid 1980, p. IX passim), Arug (Roger BIGELOW MERRIMAN, *Carlos V. El Emperador y el Imperio español en el Viejo y Nuevo Mundo*, Madrid 1960, 3ª ed., p. 197), Jaruq (Salvador MADARIAGA, *Carlos V*, Barcelona 1980, p. 113), Aruj o Koruk (*The Columbia Viking Desk Encyclopedia* I, New York 1960, p. 106). Del nombre de su hermano encontramos aun más abundante variedad de formas: Cheredin (HAEDO, op. cit., p. 243), Kairedin (R. BIGELOW MERRIMAN, op. cit., p. 197, *Tratados Internacionales ... Carlos V, II: España – Norte de África*, p. IX passim), Jaradín (S. MADARIAGA, op. cit., p. 113), Chaireddin (Ferdinand SEIBT, *Karl V. Der Kaiser und die Reformation*, Berlin 1990, p. 276), Khair-Eddin (*Diccionario de Historia de España* I, p. 376), Jair ed-Din (*Historia de España* X, John LYNCH, *Los Austrias 1516–1598*, Barcelona 1993, p. 430), Khair-ed-Din (Miguel Ángel OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia española*, Vol. 5: *La Diplomacia de Carlos V*, Madrid 1999, p. 443), etc. Incluso en el mismo libro difieren los autores de las contribuciones: Horuc y Haradín en la de Antonio Rumeu de Armas, Harud y Kairedin en la de Vicente Palacio Atard. Ver Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ (ed.), *El Imperio de Carlos V*, Madrid 2001, pp. 80 y 101.

sus piratas creció considerablemente después de que los argelinos conquistasen el año 1529 la fortaleza española (Peñón de Argel). Jayr al-Din hizo conectar la isla con tierra firme, construyendo para ello un muelle que aumentó la seguridad y la capacidad del puerto.<sup>3</sup> Así pues, los piratas argelinos, en número todavía más cuantioso, siguieron abordando las naves españolas, asolando las costas de España y llevándose a sus habitantes como esclavos.

Los españoles acogerían de buen grado una expedición contra Argel, pero Carlos V dio preferencia en 1535 a una acción menos popular, la conquista de La Goleta y de Túnez. Hasta el año 1541 no organizó contra Argel una gran expedición, en la que participaron más de quinientas naves, doce mil marineros y veinticuatro mil soldados (infantería, caballería y artillería). Arribaron a Argel en la segunda mitad de octubre, cuando ya no se daban las mejores condiciones climáticas para semejante empresa. Si bien el desembarco se llevó a cabo con éxito, el avance del ejército fue frenado en la noche del 24 al 25 de octubre por un aguacero que inutilizó la pólvora, y por el ataque de los defensores de la ciudad, que pusieron en fuga una parte del ejército de Carlos. También les esperaba el desastre a los españoles en el mar, donde más de ciento cincuenta naves naufragaron víctimas de la tormenta.<sup>4</sup> En tales circunstancias el rey se decidió por una poco honrosa retirada, que quedó en la memoria de sus coetáneos y de las generaciones siguientes. La enseñanza más importante que sacaron de la desgracia aquellos que más tarde meditaron atacar Argel fue que era preciso hacerlo en la época más adecuada, como muy tarde al final del verano, cuando no hay tanto peligro de tiempo tormentoso y lluvioso.

La preparación de una nueva gran expedición, comparable con la de Carlos, no tuvo lugar sin embargo hasta el reinado de Felipe III (1598–1621), cuando los piratas que levaban anclas en Argel, disponiendo de barcos más grandes y mejor acondicionados y armados, intensificaron sus ataques. Extendieron su actividad al Atlántico, representando de esta forma un peligro también para los navíos que venían de las Indias. Los navíos españoles no bastaban para proteger eficazmente ni su navegación ni sus costas. Además temían —ya desde principios del siglo anterior— la colaboración entre los piratas y los moriscos, musulmanes formalmente bautizados. Estos temores fueron en cierta medida el motivo de la radical decisión del gobierno de Felipe: la expulsión de los moriscos (1609–1614).

El problema de la piratería, especialmente la argelina, ocupó al gobierno de Felipe desde su mismo comienzo. En el transcurso de los años se habían estudiado diferentes posibilidades y planes de ataque contra Argel, entre los que no faltaban siquiera las propuestas de aventureros foráneos que ofrecían sus servicios. La corona española procuraba asimismo obtener el máximo de información sobre la capacidad defensiva y la situación de Argel organizando actividades de espionaje,

---

<sup>3</sup> Mercedes GARCÍA ARENAL y Miguel Ángel de BUNES, *Los españoles y el Norte de África. Siglos XV–XVIII*, Madrid 1992, pp. 66–71. HAEDO, op. cit., pp. 26–29. Rodríguez JOULIA SAINT-CYR, op. cit., pp. 25–27. Data por error la expedición de Hugo de Moncada en el año 1518.

<sup>4</sup> *Diccionario de Historia de España I*, Madrid 1952, p. 268. Sobre la fracasada expedición de Carlos hablan todas las biografías de este gobernante.

en el cual le correspondía un lugar destacado a los virreyes de Mallorca. En las consideraciones sobre una empresa contra Argel se le daba gran importancia al factor sorpresa y se contaba con aliados dentro de la ciudad y enemigos de fuera de ella, deseosos de librarse del vasallaje a que los sometía Argel. Entre estos enemigos del bajá argelino destacaba la confederación de tribus berberiscas que habitaba la región montañosa cercana a Argel conocida bajo el nombre de reino de Cuco, con el que los españoles mantenían contactos diplomáticos, enviando a su gobernante regalos y material bélico.<sup>5</sup> El primer intento de conquista de Argel en tiempos de Felipe III fue una expedición que preparó por encargo del rey el genovés Giovanni Andrea Doria, capitán general de la marina real española. Fue impulsada por una propuesta del capitán francés Le Roux. Tomaba en cuenta que Argel no estaba suficientemente defendido en verano, dado que según la información de que disponía quedaban en la ciudad tan solo dos mil turcos y las naves abandonaban en aquella época el puerto, en curso a sus razzias. Estimó que bastaría mandar cuatro embarcaciones bien armadas, camufladas como naves de comercio. Así podrían entrar en el puerto, tomar el acceso a la ciudad y liquidar con la ayuda de los prisioneros cristianos a su sorprendida guarnición. Doria envió a Argel para comprobar *in situ* la situación al abanderado Antonio de Rojas, que confirmó que la ciudad no estaba demasiado defendida en verano. El capitán general no estaba dispuesto sin embargo a confiarse tan solo a la sorpresa, sino que en agosto de 1601 guió bajo su mando contra Argel 70 galeras y 10.000 soldados. Pero ni siquiera intentó desembarcar. Asustado por el cambio del clima, regresó de las costas africanas a Mallorca.<sup>6</sup>

Inmediatamente después, el año siguiente, fue el experimentado capitán Juan de Cardona<sup>7</sup> que ostentaba el título de capitán general de las fuerzas marítimas

---

<sup>5</sup> Ver RODRÍGUEZ JOULIA SAINT-CYR, op. cit. y Pierre BOYER, “Espagne et Kouko. Les négociations de 1598 et 1610”. *Revue de l’Occident Musulman et de la Méditerranée*, No. 8, 2<sup>ème</sup>. Semestre 1970, pp. 25–40.

<sup>6</sup> RODRÍGUEZ JOULIA SAINT-CYR, op. cit., pp. 37–39.

<sup>7</sup> Éste, hijo de Antonio de Cardona, virrey de Cerdeña, y de María de Requesens, era hermano de Margarita de Cardona, esposa de Adán de Dietrichstein, embajador imperial en la corte de Felipe II y después mayordomo mayor del emperador Rodolfo II. Al biógrafo eventual de Juan de Cardona puede quizás interesar la existencia de algunas cartas relativas a este personaje provenientes del primer lustro de los años sesenta del siglo XVI, conservadas en el Archivo familiar de los Dietrichstein, depositado en el *Moravský zemský archiv* (Archivo del País de Moravia, en adelante MZA) en la ciudad de Brno. La primera de estas cartas, dirigida por F. Maya el 30 de julio de 1560 a la madre de Juan, entonces camarera mayor de la reina de Bohemia, se refiere al esfuerzo de Maya para lograr el rescate de Juan de Cardona del cautiverio turco en el cual cayó después de la capitulación de los españoles en Djerba (1560). Maya, después de haber dejado a la esposa de Juan en Palermo, “en un monastir muy honrat”, en compañía de tres criadas y de una vieja española, se trasladó a Mesina para tratar allí del rescate. El mayor problema consistía en juntar la suficiente cantidad del dinero. El agente Maya solicitó a la destinataria de su carta que procurase lograr cartas del emperador y del rey y la reina de Bohemia para el embajador imperial en Constantinopla (Ogier Ghislain de Busbecq) y que tratara que la reina de Bohemia escribiese también a Felipe II (su hermano), rogándole que enviara en lo tocante al dinero la orden al virrey de Cerdeña. También serían necesarios los 600 ducados que la madre de Juan tenía en Valencia. (F. Maya a María de Cardona, Mesina, 30-7-1560. MZA, G 140, cartón 425, núm. 1.902, sig. 842b.) En la primavera de

---

1561 Juan de Cardona ya se encontraba en libertad. Su esposa María de Cardona escribió en abril de este año a Adán de Dietrichstein que Juan estaba en Quíto, donde le dejaron “sobre palabra de Nicolo Justiniano” y que esperaba su rescate. Ella suponía que Maya, quien partió a Quíto el 24 de febrero, ya debía estar allí con todo el recaudo de su rescate, así que esperaba ver pronto a su marido en Palermo. (María de Cardona a Adán de Dietrichstein, Palermo, 17-4-1561. *Ibid.*, cart. 421, núm. 1.898. sig. 839.) Al principio del siguiente mes Juan ya estaba en Palermo. Lo comunicó a Dietrichstein, recordando la carta que le envió de Quíto, “avisándole como ya estaba en camino de la libertad por la buena diligencia del señor Augerio de Busbec”. Después, con la venida de Maya, obtuvo su cumplida libertad. El embajador contribuyó para su rescate con tres mil ducados. (Juan de Cardona a Adán de Dietrichstein, Palermo, 8-5-1561. *Ibidem.*) El 7 de julio escribe al mismo desde Barcelona que ya está de camino para la Corte, y más largamente a su madre. Se ve que de Palermo se trasladó primeramente a Nápoles, donde tuvo que esperar dos semanas, alojado en la casa del virrey, el duque de Alcalá, quien le favoreció “muy de veras” en sus negocios, dándole cartas así para el rey como para los de su consejo. A Barcelona llegó el primero de julio. Quiere solicitar al rey que le concediese el cargo de las galeras de Sicilia para el tiempo de la ausencia de su suegro. Aunque no tiene mucha gana de la mar, todavía no dejará de suplicarlo, “pues Su Majestad está tan obligado a ello por muchos respetos y el más principal haberme perdido en su servicio, haciendo lo que debo”. Piensa asimismo pedir las galeras de Nápoles y don García de Toledo le dice que no podrán faltar las unas o las otras. De su carta a la madre es patente que para su rescate no bastaban los tres mil ducados ofrecidos de parte de Sus Majestades por el embajador y de los cuales fue forzado valerse, sino que tuvo que contraer deudas para esta finalidad con Juan Andrea Doria y con el duque de Alba. Al primero de ellos está debiendo 7000 escudos de 10 reales y al duque de Alba 2000 de oro. Aunque de este dinero no corren intereses, la deuda debe pagarse, y así replica a su madre que le ayude obtener el dinero que se les debe en Cerdeña y en Valencia. Con ello podría pagar las deudas de su padre y él podría vivir sin galeras, las cuales procuraba por no tener otro remedio. (Juan de Cardona a María de Cardona, Barcelona 7-7-1561. *Ibid.*, cart. 425, núm. 1.902, sig. 842b.) En la siguiente carta a su madre, ya desde Madrid, sigue quejándose de sus deudas reprochándole que ella piensa solamente en los 3000 ducados del embajador en Constantinopla, no sabiendo como pagarlos, y él no sabe de donde sacar lo que tiene que pagar a Juan Andrea Doria. Él pensó que su madre le diese lo que se debía en Cerdeña y Valencia y que de esto él pudiera pagar las deudas de su padre y lo que quedaba debiendo a los que le sacaron del poder de los turcos. “A lo menos suplico a Vuestra Señoría escriba a Cerdeña al virrey que se me dé de allí lo que se debe. Yo aquí procuraré sacar la carta del rey en que se mande que se pague.” En la audiencia que le concedió el rey le rogó que le diese la encomienda vacante, que valía 1200 escudos, pero el rey le dijo que no la daba sino a quien tenía hábito. Informa a su madre que el comendador Guimerán tenía del rey las galeras de Sicilia durante la ausencia del suegro de Juan y que viniendo a Nápoles con siete galeras, le salió Dargud con nueve y le venció. Se dice que el comendador es muerto. (Juan de Cardona a María de Cardona, Madrid, 8-8-1561. *Ibidem.*) Del mismo evento escribe también a Adán de Dietrichstein, precisando que la derrota sucedió “saliendo [el comendador] de la isla de Lipari tirando su camino para Nápoles” y que el combate duró tres horas. Él cree que le mandarían ir a armar las galeras perdidas y que será harto trabajo hacerlo. “Y yo no navegaré sino saliendo de manera que puedan mis galeras pelear, y esto se remediará con pagar bien la gente porque entonces escogeré yo la gente y no como se hacía, que había de tomar hombre el que quería venir. Espero en Nuestro Señor que nos ha de ayudar y apartar su ira de la cristiandad que en verdad que a días que nos azota.” La última misiva de Juan de Cardona en el Archivo familiar de los Dietrichstein proviene de julio de 1565, describiendo la difícil situación de la asediada isla de Malta. Él, de nuevo comandante de galeras, aprovechó cuatro de ellas para echar en la noche a la isla 600 hombres, esperando que pudiesen entrar en la fortaleza. Aunque el destino de Juan de Cardona era pasar la mayor parte de su vida en el servicio marítimo, subiendo en los rangos, es posible que entonces no faltase del todo la sinceridad a sus palabras, al decir: “Y cierto este cargo de galeras no es sino para los que no tenemos otra manera de vida... Y certifico a Vuestra Señoría que si yo no debiese lo que debo a Juan Andrea por lo de mi rescate, que me contentaría con un pedazo de pan en un rincón

y terrestres, quién recibió el encargo de preparar una nueva expedición para conquistar Argel, la cual tendría que realizarse esta vez con la ayuda militar de Sidi Amar ben Amar, rey de Cuco. Esta alianza no permaneció oculta para los argelinos, de modo que pudieron prepararse. Los navíos españoles, más de 40 galeras, se concentraron a fines del año 1602 en Mallorca, pero las enfermedades y elevada mortalidad en sus tripulaciones, unida a la noticia de que los turcos habían sido avisados de los preparativos y a lo avanzado de la estación, disuadió al comandante de la flota de zarpar hacia África. Lo mismo sucedió con una pequeña expedición preparada al año siguiente bajo la dirección del conde de Niebla con el patrocinio entusiasta de los habitantes de Mallorca. Tenía a la vez como fin apoyar a Amar ben Amar contra el gobernante argelino Selim, cuyos soldados habían tomado la fortaleza de Tamagut, importante para la comunicación del reino de Cuco con el Mar Mediterráneo, y asediado la ciudad de Cuco. Paradójicamente, la derrota de éstos contribuyó a que la flota del conde de Niebla no abandonase Mallorca, pues con la vuelta de los turcos a Argel creció la capacidad defensiva de la ciudad. Esto, según todas las apariencias, influyó en Niebla como argumento disuasorio<sup>8</sup>.

No sé lo que hizo entretanto Juan de Cardona. En un documento se menciona una carta suya escrita tras el regreso de la expedición de 1603,<sup>9</sup> pero si no se trata de un error este viaje permanece envuelto en el misterio. La carta en sí, que se refiere a la campaña contra Argel, es sin embargo interesante. Se ocupa de la pregunta que todavía después de una serie de años ocupaba a la corona española cuando se debatía sobre una acción contra Argel, o sea, si para alcanzar el éxito podría bastar un ataque sorpresa con ayuda desde dentro, en el cual las naves y soldados españoles representarían un papel secundario o de apoyo, o si el ataque debería ser realizado con una participación masiva de la marina y el ejército reales. Juan de Cardona, que tenía la invasión de Argel por “justa, santa y devota, además de tener la máxima importancia para este reino”, consideraba inadecuado basar esta empresa principalmente en la sorpresa y los ofrecimientos de moros y renegados, de quienes desconfiaba. Propuso que se empleasen en ello todas las galeras y naves oceánicas y un ejército de 30.000 hombres, de los cuales al menos 25.000 debían ser “efectivos”, es decir, que realmente habrían de desembarcar. Sería necesario abastecerlos de alimentos

---

y no a navegar, que esto sería bien para el cuerpo y para el alma, Dios me de gracia que pueda dejar este cargo con honra.” Se refiere asimismo al sufrimiento viendo las preocupaciones que causan sus viajes a su mujer. (Juan de Cardona a María de Cardona, Mesina, 10-7-1565. *Ibid.*, cart. 425, núm. 3.902, sig. 842b.)

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 43–44, 56–58. Sobre el proyecto de expedición de Juan de Cardona ha escrito más recientemente Bernardo José GARCÍA GARCÍA, *La Pax Hispanica. Política exterior del Duque de Lerma*, Leuven University Press 1996, pp. 43–45. El autor menciona también algunos planes posteriores para conquistar Argel como parte de la política exterior de Lerma, incluso en relación con la evolución de los acontecimientos en Bohemia, pero sin ocuparse más detalladamente de esta temática.

<sup>9</sup> Sumario de las relaciones y pareceres sobre la empresa de Argel... Archivo General de Simancas (en adelante AGS), Estado, legajo 1951, f. 5–18. (Con frecuencia el número de folio mencionado en los documentos no se corresponde con el número de hojas y el número es entonces en realidad solamente signatura del documento. Bajo el mismo número suele haber tras la letra f. o F. hasta decenas de folios.)

y de todo lo necesario, incluida la artillería, no perder tiempo en los preparativos y actuar con gran secreto. Para asegurar mejores posibilidades de fondeo propuso conquistar simultáneamente La Bujía, que los españoles habían perdido el año 1555. A la vez habrían de enviarse legados al rey de Cuco, para garantizarle la amistad del monarca español y convencerlo de las ventajas que le reportaría la colaboración con los españoles en la conquista de Argel. Otro tema de la carta de Cardona se refería a los lugares en los que sería posible realizar el desembarco y el modo en que habría de continuar la empresa.<sup>10</sup> Cardona contaba pues para sus propuestas con una poderosa expedición militar desde España, concediendo sin embargo un gran peso a la ayuda de los africanos. En sus consideraciones no olvidaba tampoco la importancia del factor sorpresa, consistente en el intento de acercarse sin ser vistos a las dos fortalezas principales y apoderarse de ellas mediante un ataque inesperado.

El plan de conquista de Argel por la armada y ejército reales, para cuya realización era necesario hacer amplios preparativos y grandes gastos, no se impuso hasta la segunda mitad del decenio siguiente. Antes habían sido objeto de consideración otros proyectos menos costosos. En noviembre de 1613 Felipe III accedió a la propuesta del capitán Antonio Oliver, originario de Francia, que le ofrecía apoderarse de Argel por sorpresa y entregarle la plaza a la corona española. Al capitán se le prometió una renta de ocho mil ducados y ser admitido en la Orden de Santiago en caso de cumplir su oferta<sup>11</sup>. No es posible ver en las fuentes la forma concreta del plan de Oliver. Tras arribar a Argel, su barco hubo de hacer frente a tormentas y vientos contrarios que le llevaron hasta Orán y el Cabo de Gata, desde donde escribió el 17 de agosto de 1614 una carta en que contaba sus desventuras. Al final fondeó en Gibraltar, donde fue encarcelado por el corregidor local<sup>12</sup>, o sea, que sus propósitos, para los que logró ganarse al monarca español, quedaron en nada.

Ese mismo año ofreció sus servicios al rey para una acción sorpresa contra Argel Simón Catena de Sicilia, que había pasado dieciocho años en la esclavitud argelina. Antes de su fuga se escondió en un túnel subterráneo que atravesaba una zona de Argel por la que pasaba una canalización de desagüe que terminaba cerca del puerto. Propuso volver con el ingeniero Pedro Pablo Floriani a buscar de nuevo la gruta, para utilizarla si fuese posible para una maniobra de diversión unida con el desembarco de soldados españoles de apoyo. Catena y Floriani suponían que una carga explosiva colocada donde el pasadizo pasaba bajo la mezquita y hecha explotar en el momento en que en la mezquita estuviese reunido el máximo de personas posiblemente haría saltar por los aires más de ocho mil personas y derribaría parte de las murallas. Felipe III rechazó enviar galeras con un ejército, porque no quería exponerlos al riesgo, pero ordenó al virrey de Mallorca que le diese a Catena y Floriani un bergantín con la tripulación precisa, para que pudiesen buscar el túnel. Si se dedujese luego de su relación que era posible volar la mezquita, habría de proveerles

---

<sup>10</sup> Ibidem.

<sup>11</sup> Pardo, 17-XI-1613, AGS, Estado, legajo 1951, f. 133.

<sup>12</sup> Antonio Oliver a Felipe III, Cabo de Gata, 17-VIII-1614, AGS, Estado, leg. 1951, f. 169.



de lo que necesitasen.<sup>13</sup> Sin embargo, en el informe de Floriani a su regreso de Argel quedaba claro que tras un minucioso reconocimiento del estado de la mampostería de la galería subterránea la voladura de la mezquita se revelaba imposible.<sup>14</sup> En lugar de esto proponía al rey otro plan para apoderarse en un ataque sorpresivo de tres puntos estratégicos de Argel, desde los que luego sería posible conquistar la ciudad entera.<sup>15</sup> Al no recibir respuesta, según todas las apariencias, repitió su propuesta en 1616, con el afán de convencer al rey de su factibilidad, pero sin éxito.<sup>16</sup>

Mientras tanto vio la luz otro proyecto. Matías Murillo, un antiguo soldado español, que había sido apresado en el mar por piratas argelinos, contó tras ser rescatado que durante su cautiverio en Argel había trabado conocimiento con un renegado catalán que tenía a su cargo la Alcazaba, uno de los principales bastiones, y hablando con él le había manifestado estar dispuesto a ayudar al rey español a conquistarla. Habría de preceder a esta acción el desembarco de tres a cuatro mil soldados y la voladura de la nueva puerta que guardaba el acceso a la Alcazaba. Murillo juzgaba que tras su conquista, con la ayuda del renegado y con los gritos de que ya había caído, los aterrados habitantes se darían a la fuga con lo que pudieran salvar de sus propiedades.<sup>17</sup>

El príncipe Filiberto de Saboya, comandante de la flota española en el Mediterráneo, envió a comprobar esta oferta a finales de 1615 o principios de 1616 al capitán Pablo de la Peña, experto en materia de fortificaciones y asedio. Este averiguó que el renegado, Azan Mazul Aga, negaba haber propuesto nada a Murillo, pero a la vez aprovechó su estancia en Argel para obtener valiosas informaciones sobre la ciudad y sus posibilidades defensivas. Estas fueron luego comparadas con los datos antiguos y más nuevos. Peña tomó también partido en la disyuntiva de si los españoles deberían intentar conquistar Argel confiando en la sorpresa o en el poder marítimo y militar del rey. Consideraba muy problemática la primera posibilidad. Muchas más esperanzas concedía en su opinión al asedio a la ciudad, para cuya conquista harían falta según sus cálculos unos 30.000 hombres.<sup>18</sup> Su dictamen se asemejaba pues a lo estimado por Juan de Cardona.

Sólo era posible pensar en una implicación tan masiva de la armada y el ejército en el supuesto de que España no estuviese ocupada militarmente en otras empresas. Pero, si bien en 1604 había sido firmada la paz con Inglaterra y en 1609 una tregua de doce años con los holandeses, la política pacífica de Lerma<sup>19</sup> no pudo

---

<sup>13</sup> Antonio Oliver a Filipe III, Cabo de Gata, 17-VIII-1614, AGS, Estado, leg. 1951, f. 169.

<sup>14</sup> Pedro Paulo Floriani a Felipe III, Valencia, [enero de 1615], AGS, Estado, leg. 1952.

<sup>15</sup> Idem, s.l. [1615], AGS, Estado, leg. 1952, f. 19–25.

<sup>16</sup> Idem, s.l. [1616], AGS, Estado, leg. 1952, f. 26–32. Floriani comparaba la posibilidad de realización de la conquista de Argel con la de Amiens el año 1597.

<sup>17</sup> Matías Murillo a Felipe III, s.l. [1615], AGS, Estado, leg. 1951, f. 116. Filiberto de Saboya a Felipe III, Puerto de Santa María, 17-I-1616, AGS, Estado, leg. 1951, f. 61.

<sup>18</sup> Cfr. Sumario de las relaciones y pareceres...

<sup>19</sup> La literatura sobre Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, ha sido recientemente enriquecida con dos trabajos de importancia: B. J. GARCÍA GARCÍA, op. cit. y Antonio FEROS, *Kingship and Favoritism in the Spain of Philip III, 1598–1621*, Cambridge 2000.



mantener a España al margen del conflicto bélico en Italia. Allí, tras la muerte del duque de Mantua Francisco Gonzaga (1612), el duque de Saboya Carlos Manuel, padre de la mujer de Francisco, Margarita, intentaba ganar en nombre de su nieta María la regencia de Montferrat, que pertenecía al ducado de Mantua, y cuando fracasó en su propósito, invadió Montferrat en abril de 1613, apoderándose rápidamente de algunas zonas. España consideró el avance de Carlos Manuel una amenaza para el equilibrio en Italia y por consiguiente para sus intereses de poder. En septiembre de 1614 el gobernador de Milán, el Marqués de Hinojosa, comenzó una operación bélica, pero al principio la fortuna militar estuvo de parte del duque de Saboya. Una tentativa de terminar la guerra, el llamado primer tratado de Asti (1-XII-1614), cuyo texto fue redactado por el nuncio pontificio Savelli y el embajador francés en Saboya Marqués de Rambouillet, fue rechazada tanto por los españoles como por el duque de Mantua. En la primavera de 1615 los españoles reanudaron las hostilidades con la ocupación de Roccaverano y el 12 de mayo Hinojosa comenzó a asediar Asti, donde Carlos Manuel había concentrado lo mejor de su ejército. Ni siquiera el segundo tratado de Asti, cerrado en junio de 1615, cuyos garantes habían de ser Venecia, Inglaterra y Francia, trajo la calma. No satisfacía al duque de Mantua, porque había sido cerrado en su ausencia, y en la corte española fue considerado directamente degradante. Hinojosa fue sustituido por el enérgico Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, decidido a continuar la guerra. Se esforzó en presionar a Carlos Manuel y cuando le vio dispuesto a ceder, declaró que por su parte accedería al armisticio solamente en el caso de que el duque renunciase públicamente a los tratados, pidiese perdón y se acogiese a la benevolencia del monarca español. Esto fue naturalmente rechazado por Carlos Manuel. Se preparó de nuevo para el combate, obtuvo apoyo financiero de Venecia, que mantenía ya una guerra no declarada con el archiduque Fernando y temía la amenaza combinada de ambas ramas de los Habsburgos. Recibió también ayuda militar de Francia. El 3 de septiembre de 1616 proclamó un edicto para la población, en el que anunció que tomaba las armas en defensa de su tierra y de los antiguos fueros. A continuación, procuró extender la guerra fuera de sus fronteras. Tras una serie de victorias y derrotas alternas para ambas partes, el ejército saboyano quedó notablemente debilitado en abril de 1617, cuando el comandante francés Lesdiguieres tuvo que regresar a Francia con sus soldados. El gobernador de Milán, ansioso por tener un éxito bélico espectacular, decidió en mayo de 1617 asediar Vercelli. Tras una resistencia que duró 64 días la ciudad terminó por capitular. La conquista de Vercelli satisfizo las ambiciones de la corte española e hizo que estuviesen más dispuestos a la reconciliación. Ya antes, en junio, en Madrid, el legado de Venecia, Gritti, había acordado las condiciones para el fin de la guerra entre el archiduque Fernando y Venecia, en el cual España también tenía interés, manteniendo para Fernando 4000 soldados de a pie y 500 jinetes. El tratado de paz fue firmado el 6 de septiembre de 1617 en París. La guerra entre Carlos Manuel y los españoles terminó formalmente con el acuerdo de Pavía del 6 de octubre de 1617, pero Pedro de Toledo se resistió a entregar las ciudades que según el acuerdo debía abandonar, por lo que las relaciones siguieron siendo tensas. No fue

hasta abril de 1618 cuando los españoles abandonaron las ciudades conquistadas de Ognelia y San Germano, mientras que sin embargo el Marqués de Villafranca retrasó la entrega de Vercelli hasta el 15 de junio.<sup>20</sup> El gobierno español, que poco antes se había enfrentado a una desagradable situación al haberse descubierto una presunta conspiración de la diplomacia española contra Venecia, tenía interés en que ni a Saboya ni a la República se le diesen motivos de queja. Pero era especialmente difícil convencer de ello al virrey de Nápoles, el duque de Osuna, que mantenía hacia Venecia una permanente actitud de enemistad.

La turbulenta situación del norte de Italia influyó en el destino del planeado ataque a Argel. Da testimonio de ello una larga serie de reuniones del Consejo de Estado, que trataron sobre la conveniencia y el modo de llevar a cabo semejante proyecto, siéndole presentadas al monarca, en las llamadas consultas, las opiniones expresadas y conclusiones alcanzadas, para que se pronunciase sobre ellas.

En julio de 1615 el Consejo de Estado se ocupó de la propuesta de una acción contra Argel presentada unos cuantos meses antes por el Marqués de Villafranca, que en aquel tiempo no presentaba aún que iba a convertirse en gobernador de Milán. Los miembros del Consejo eran conscientes de la utilidad de la propuesta, pero a la vez llamaban la atención sobre las circunstancias desfavorables, especialmente los disturbios de Italia. En las reuniones tomó parte también el favorito del Rey, el duque de Lerma. Hizo notar que los corsarios argelinos se habían vuelto mucho más peligrosos, pues mientras anteriormente solía haber tan sólo algunas galeatas de moros, “de presente salen en navíos redondos en mucha cantidad con pilotos experimentados, ingleses, franceses y holandeses [...] y los naturales de las costas de Valencia y Cataluña no osan salir a navegar por el peligro de robarles como lo hacen cada día y crece con el provecho de corsarios el daño de estos reinos”. Mencionó el ofrecimiento del capitán inglés Xifart, de conquistar Argel con poca ayuda con el apoyo de los esclavos cristianos, lo cual fue aceptado, si bien posteriormente Xifart llegó a la conclusión de que el asunto sería más fácil con la asistencia de la marina española y la ayuda del rey de Cuco, cuyo embajador se encontraba en la corte española.

Lerma veía como obstáculos para una acción contra Argel lo avanzado de la estación, la dificultad para acumular todo lo necesario y también que no se conocía el estado de la situación en el Piamonte “porque aunque el Duque de Saboya ha ofrecido que desarmará y seguirá sus pretensiones por la vía civil y no ofenderá al de Mantua, no se sabe si lo haya ejecutado”. Volvió a tomar la palabra más tarde para declarar que de este asunto se podría tratar solamente con presupuesto “de estar acomodado lo de Italia, porque si no lo estuviese no se ha de apartar de allí ni un solo hombre hasta ver destruido el estado del duque de Saboya, pues estando tan

---

<sup>20</sup> Para más detalles sobre la evolución en el Norte de Italia véase por ejemplo la obra de Romulo QUAZZA, *Preponderanza spagnuola 1559–1700 (Storia politica d'Italia dalle origini ai nostri giorni)*. Milán 1950. 2.ª edición, pp. 404–430. Sobre la guerra de Fernando con Venecia y la ayuda española al archiduque véase también a Bohdan CHUDOBA, *Španělé na Bílé Hoře. Tři kapitoly z evropských politických dějin* (Los españoles en la Montaña Blanca. Tres capítulos de la historia política europea), Praha 1945, pp. 214–215.

empeñada la reputación de Vuestra Majestad [el rey de España] quedarían muy mal las cosas sin haber obedecido el duque o haberlo prendido”. Solamente tras la solución de la causa de Italia podría el marqués de Villafranca organizar todo lo necesario para realizar la empresa por él propuesta y suya sería la culpa si fallase en su propósito.<sup>21</sup> No corría sin embargo este peligro Villafranca, pues el norte de Italia seguía revuelto, como pudo convencerse por propia experiencia el marqués poco más tarde.

El argumento de la belicosa situación italiana se oyó también el 26 de mayo de 1616, cuando el Consejo de Estado trató sobre la mencionada conversación de Murillo con el jefe de la Alcazaba y sobre la opinión del capitán Pablo de la Peña, que proponía que los españoles no intentasen en absoluto apoderarse de Argel por sorpresa, sino utilizando la armada real. El duque del Infantado declaró que se trataba de un asunto muy importante, habida cuenta de los grandes daños que infligía a España esa “ladronera” (para usar la palabra que se utiliza repetidamente en los documentos), del provecho que provendría de arrebatarla a los turcos y a los moros y de la reputación que se conseguiría en todo el mundo. La ocasión sería favorable a la empresa, por haber en Nápoles abundancia de bizcocho y en Milán tantos soldados, pero por otra parte, la situación en Italia no estaba resuelta y aun dándose mucha prisa haría falta tiempo, si hubiese que dejar la situación en un estado seguro. Habría que pensar también de donde se sacaría el dinero. Si fuese posible la empresa de Argel, el duque daba su asentimiento a que se llevase a cabo con la armada y el ejército reales, pero estimaba que era difícil realizarlo sin algún trato para tomar la fortaleza del puerto o la alcazaba. Apuntaba también que para realizarlo había un tiempo limitado, de junio a fines de septiembre. También Agustín Messia<sup>22</sup> pensaba que la pacificación de Italia era la primera condición para cualquier acción contra Argel. Constatava que había a disposición tres posibilidades: 1) con la armada real, para lo cual serían sin embargo necesarias muchas cosas, y el reunir las podría aparejar muchas complicaciones, con el peligro de que el enemigo se enterase y se preparase, 2) la sorpresa, a través de la fortaleza del puerto o la alcazaba, 3) la combinación de la sorpresa con la intervención de las tropas reales, como propuso un renegado argelino que se amotinó con su barco, llegó al puerto de Sanlúcar y está ahora en Madrid. Para llevar a cabo la acción solicitó de 15.000 a 20.000 hombres. Parece ser que Messia consideraba realizable esta tercera posibilidad.

El marqués de la Laguna consideraba, a pesar de la importancia del asunto, muy difícil tratar de él en este año, por causa de la situación de Italia y de todo lo que sería necesario disponer. Otro miembro del Consejo, el confesor del rey, teniendo asimismo por muy importante la conquista de Argel, indicó también que no era posible emprender nada en otra parte mientras los asuntos de Italia no estuvieran

---

<sup>21</sup> Consulta del 6-VII-1615, AGS, Estado, leg. 1950.

<sup>22</sup> Junto a esta forma del nombre, que es la que con más frecuencia aparece en los documentos, encontramos también las formas Mesía y Mexía. A esta última se inclina GARCÍA GARCÍA (op. cit., pp. 21, 65) cuando no lo reescribe como Mejía. A la forma Mexía se atiene por regla J. H. ELLIOTT, *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, New Hawen – London 1988.

del todo arreglados. Y si fuese posible dejar la empresa para el año siguiente, sería necesario guardarlo muy en secreto, pues en el caso de que se enterasen de ella los argelinos se perdería tiempo, dinero y reputación. Para mantener el secreto no veía otro medio que, en el caso de que se resolviesen los problemas con Saboya, se dejase el ejército milanés en Italia, con el pretexto de que iban a ir a Flandes, y esto tan cerca de la costa, que se pudiese embarcarlos, haciéndolo en poco tiempo, sin que se apercibiesen en la Berbería. Felipe III señaló en la consulta que “si las cosas en Italia estuvieran en disposición de que con aquella gente se pudiera hacer algo este verano, convendría tratar de esto de Argel y conforme ellas se fueran poniendo y estuviese el estado de la hacienda se irá mirando cuando se puede ejecutar esto”.<sup>23</sup> La cuestión económica, comprensiblemente, representaba un papel importante, y como quedó patente al final, incluso decisivo, aunque al principio no se contaba con grandes gastos. La guerra en Italia era considerada el inconveniente mayor. Sin embargo en junio de 1617, mientras el marqués de Villafranca todavía asediaba Vercelli, el rey dio instrucciones para que se viese luego en el Consejo qué orden se le podría dar al marqués de Villafranca para el caso de que se hiciesen las paces, acerca de la gente que habría que destinarse “para la empresa que se ha platicado” (es decir, para la acción contra Argel): en qué número y de qué naciones, en qué galeras se habrían de embarcar y qué bajeles se tendrían que juntar. El monarca consideraba que, de conseguir cerrar un acuerdo de paz antes de mediados de septiembre, habría aún tiempo para realizar la empresa. El Consejo coincidió de nuevo en lo importante que era conquistar Argel, y propuso algunas disposiciones preparatorias. Recomendó escribir a Villafranca para que, en el caso de que se llegase a firmar la paz antes del primero de septiembre, independientemente de que tomase Vercelli o lo dejase de asediar, tuviese preparados 8000 infantes (4000 españoles, 2000 valones y 2000 napolitanos). Y si no hubiese llegado a cerrar la paz en ese plazo, que tuviese preparados 6000 infantes, que habrían de embarcar después en galeras españolas, genovesas y portuguesas. El consejo recomendaba asimismo hornear de 8000 a 10.000 quintales (1 quintal equivalía a 46 kilogramos) de bizcocho en Barcelona y Cartagena, adonde era preciso mandar 30.000 ducados con ese fin. Se debían además preparar otros 70.000 ducados para gastos posteriores. El Consejo esperaba también 10.000 quintales de bizcocho del virrey de Nápoles. En el Consejo se habló además de que, si la paz no se cerrase, Villafranca no cedería sus soldados. Lerma propuso –y el Consejo se pronunció en favor de ello– que Agustín Messía fuese a Italia en una de las galeras comandadas por el marqués de Santa Cruz, a cargo de los preparativos para la empresa de Argel, y allí preparase con el secreto y maña que convenía todo lo tocante a la empresa. Con ello estuvo de acuerdo también el rey.<sup>24</sup> Messía, veterano de la batalla de Lepanto, era miembro tanto del Consejo de Estado como del Consejo de Guerra, con grado de maestro de campo general de España. El 11 de julio de 1617 el Consejo de Estado acordó que todo lo referente a la empresa de Argel le fuese encomendado a Messía y al almirante de las galeras

---

<sup>23</sup> Consulta del 26-V-1616, AGS, Estado, leg. 1951, f. 62.

<sup>24</sup> Consulta del 10-VII-1617, AGS, Estado, leg. 1951, f. 78.

españolas marqués de Santa Cruz. Convencidos de su capacidad, resolvieron que no podía tomarse decisión mejor.<sup>25</sup> Ambos se pusieron pronto de acuerdo para repartirse sus competencias. A Messía le corresponderían los preparativos y operaciones terrestres, al marqués las navales.<sup>26</sup> Sin embargo, ya en ese mismo mes surgieron problemas. El marqués de Santa Cruz, de cuya diligencia, cuidado y buen celo dependía “muchacha parte del buen suceso”, enfermó repentinamente. Y otro obstáculo lo constituía la resistencia del virrey de Nápoles, el Duque de Osuna, a poner a disposición los barcos necesarios. Incluso llegó a retener ocho galeras del duque de Tursi (comandante de la escuadra española en Génova) y solicitar de España refuerzos militares para Nápoles. El Consejo juzgó que Osuna tenía razones para no liberar las galeras de Tursi ni las napolitanas, pues corría peligro de quedar encerrado entre las flotas veneciana y turca, lo que podría llevar a graves perjuicios. Teniendo en cuenta los obstáculos que aparecían y lo avanzado de la estación se tenía por conveniente y necesario volver a tratar de la acción contra Argel cuando se diesen mejores condiciones, lo cual sería con la ayuda de Dios el año próximo, y entonces prepararlo muy pronto, con el correspondiente secreto y diligencia. Pero al rey evidentemente la situación no le parecía tan desesperada. Insistió en que las galeras de Andalucía zarparan hacia Cartagena, que era uno de los puertos donde debía de agruparse la armada destinada contra Argel, y ordenó que no se alzase la mano de todo lo restante que se estaba preparando en torno a la “materia secreta”, sobre la cual proclamó que “quedaba mirando en ejecución della”.<sup>27</sup> “Materia secreta” era una de las diversas formas en que era designado el plan antiargelino. A partir del año 1618 en las fuentes aparece cada vez con más frecuencia el nombre “jornada secreta”, para designar la expedición masiva de naves y tropas para conquistar Argel.

El Consejo de Estado volvió a hablar de la materia secreta el 31 de julio de 1617. Debía de pronunciarse sobre el punto de vista de Lerma, muy deseoso desde el principio de su carrera de que España conquistase Argel. Lerma señalaba que si no estuviesen a tiempo disponibles parte de las tropas de Lombardía y las fuerzas navales del duque de Osuna, no sería posible acometer la empresa a tiempo, pues si no se hiciese por septiembre, no se haría jamás y el confidente (de Argel) en cuya ayuda se confiaba podría morir o desesperar de su intento, no queriendo estar aventurado tanto tiempo a que se descubriese o le empalasen. “Si no se ejecuta ahora, desconfío y temo que los inconvenientes serán cada día mayores, y que al paso que se engruesan los corsarios de Argel, si el Turco bajase y se juntase su armada con ellos el año que viene que podría suceder mucha desventura; [...] con ganar a Argel se gana todo y asegura su majestad a España.”

En el Consejo del 31 de julio se discutió largo tiempo sobre las perspectivas del proyecto. Prevalció la opinión de que según estaba la situación en Italia parecía imposible realizar la campaña antes de finales de septiembre. Es cierto que Messía estimaba, contra la experiencia que había sufrido Carlos V, que el tiempo era propicio

---

<sup>25</sup> Consulta del 11-VII-1617, AGS, Estado, leg. 1951, f. 80.

<sup>26</sup> Consulta del 15-VII-1617, AGS, Estado, leg. 1951, f. 81.

<sup>27</sup> Consulta del 23-VII-1617, AGS, Estado, leg. 1951, f. 70 y 71.

hasta el veinte de octubre, pero también él contaba con el aplazamiento del ataque hasta marzo del año siguiente. Estaba dispuesto a partir para Italia y permanecer allí hasta marzo. También en opinión del rey la evolución de la situación en Italia marcaba la dirección. Si se arreglasen las cosas en Lombardía, como se esperaba, y Osuna y Villafranca respondiesen que aportaban todo lo que se les había pedido (precisamente esto no lo creía el Consejo), sería bueno no dilatar la campaña y no perder la ocasión que ofrecía que todo el ejército estuviese ya reunido. Le encomendó pues al Consejo que no echase esto al olvido. Todo debía estar preparado de forma que, si escribiesen desde Italia que daban los solicitados ejércitos y las demás cosas, pudiese Messía partir y supervisar en Italia los preparativos.<sup>28</sup> Ni Villafranca ni Osuna mostraron esa tan ansiada disponibilidad. La paz con el Duque de Saboya no se cerró con validez definitiva hasta octubre y Osuna no dejó de ocupar parte de su flota en el Mar Adriático. Estaba claro, que el ataque contra Argel quedaría de momento *in suspenso*.

No desapareció sin embargo del pensamiento del rey ni del interés de los Consejos de Estado y de Guerra. En otoño de 1617, con fecha de 8 de noviembre, se elaboró una relación de todo lo que sería necesario para el ataque contra Argel.<sup>29</sup> Se contaba pues con una campaña grande y costosa, cuya preparación supondría grandes exigencias organizativas y demandaría además mucho tiempo. Además mantenerlo en secreto sería mucho más complicado. Hasta ahora seguía contándose con ayuda desde dentro, tal y como había escrito Murillo tiempo atrás. Pero el 28 de diciembre de 1617 Messía refirió en el Consejo que según le había dicho Murillo, por cuya mano corría la inteligencia de Argel, el hombre que tenía a cargo la alcazaba y había ofrecido entregarla, ya no se encargaba de ella, y por ello no se podía continuar la negociación por aquella vía. Para que el soberano no se viese influido por este hecho, el Consejo apelaba al rey a que no desistiese de este proyecto;

no obstante haya cesado el medio por el que se encaminaba aquella empresa importa mucho no alzar la mano de ella. Antes tratar con mucho cuidado del modo de ejecutarla como la cosa más importante que pueda ofrecerse para el bien y seguridad de estos reinos y para excusar los daños que cada día se reciben en ellos de aquella ladronera, pues es cierto que si no se remedia y quita aquella acogida a los piratas, no sólo se acabará de perder el comercio de España, sino que los lugares de la costa y la autoridad y reputación padecerán mucho viendo que tan a su salvo ponen los

---

<sup>28</sup> Consulta del 31-VII-1617, AGS, Estado, leg. 1951, f. 77.

<sup>29</sup> Cfr. nota 9 y B. J. GARCÍA GARCÍA, op. cit., pp. 101-102. Se solicitaban en ella 28.500 infantes (11.500 españoles, 4000 lombardos, 6000 napolitanos, 3000 valones, 4000 alemanes) y 300 hombres a caballo (200 arcabuceros a caballo y 100 jinetes ligeros: 50 de Granada y 50 de Orán), 83 galeras, 60 veleros grandes (navíos redondos) una cantidad sin especificar de otros barcos de todo tipo, 74.000 quintales de bizcocho (de Nápoles, Sicilia, Génova, Cerdeña, de diferentes partes de España y de Mallorca), 24.000 quintales de otros alimentos y 5800 toneles de vino. Además se mencionaba en la relación que se necesitaban 38 cañones con un mínimo de 200 balas para cada uno de ellos y todos los pertrechos correspondientes al tren de artillería, 4000 barriles de pólvora, 5000 quintales de cuerda, 2000 quintales de plomo de Nápoles y Lombardía. Los gastos de todo ello fueron calculados en 1.001.272 ducados.

turcos y moros gente en tierra y que hacen en ella efectos tan perniciosos quemando y destruyendo los lugares y tomando en cautiverio tanto número de gente [...] y entre ella tantos niños que es cosa de gran compasión. Importa pues que se haga un grande y más que ordinario esfuerzo para su remedio y para atajar que no se vea envuelta España en guerra forastera, si se alían con los turcos y moros las naciones septentrionales, de manera que no se ponga todo en peor estado del que hoy tiene que es tan trabajoso como Vuestra Majestad habrá entendido por los avisos y relaciones que cada día se reciben de diferentes partes y por la forma en que este Consejo y el de Guerra se lo han presentado a Vuestra Majestad diversas veces.

El soberano debía por ello ordenar “que no se pierda punto en el remedio que pide caso tan apretado y grave y que tanto aflige a estos reinos”. Ante este urgente desafío, el rey observó que se debía continuar preparando el ataque (“no alzar la mano de ejecución”) y que era preciso que hubiese sumo secreto hasta que la misma ocasión no pudiera excusar el publicarse la empresa.<sup>30</sup> Casi al mismo tiempo ordenó que se reuniese una junta, órgano convocado *ad hoc*, de la que deberían salir otras propuestas. Esta vez eran sus miembros el confesor real Luis de Aliaga, Agustín Messía y el marqués de Santa Cruz.

En su reunión del 31 de diciembre de 1617 se ocuparon en primer lugar de la cuestión sobre quién estaría al frente de la campaña contra Argel. Aunque originalmente las competencias en el mar y en tierra firme debían estar divididas entre Messía y Santa Cruz, se juzgó ahora que sería más conveniente confiárselas a una sola persona, que sin embargo debía ser entendida tanto en las cosas de la mar como en las de tierra. Era preciso que el rey decidiese de inmediato a quién confía la dirección de la empresa. Además los miembros de la junta consideraban imprescindible nombrar a una persona que tuviese a su cargo la artillería. El más adecuado para ello les parecía Cristóbal de Lechuga, que actuaba en Mámora y era considerado el mayor experto en artillería de España. Solicitaban también que se convocase a varios oficiales de artillería de Flandes y que la cantidad de cuerda y plomo mencionada en la citada relación se duplicase y una parte sustancial del plomo fuese entregada en forma de municiones para mosquetones y arcabuces. Era necesario asimismo dar las órdenes pertinentes para la fabricación del bizcocho: la junta mencionaba su cantidad en diversos lugares y los presupuestos reservados para él, y de forma similar los gastos de la leva de 5000 españoles, para la compra de cuerda y otras cosas en Milán y de cincuenta mulas para el tren de artillería. El dinero necesario inmediatamente ascendía a 260.000 ducados. Otros 140.000 habrían de estar preparados en marzo, 240.000 en mayo y 250.000, que después podrían servir para licenciar al ejército, en agosto. La cantidad total de 900.000 ducados era por lo tanto más baja de lo calculado en la relación del 8 de noviembre de 1617 y otras posteriores. Por lo que se refería al propio ataque, a la junta le parecía muy ventajoso esforzarse por tomar Bugía, pues era importante que la flota tuviese este refugio, por lo que pudiera pasar. En las consideraciones de la junta aparecía de nuevo la habitual condición de que se hubiesen solucionado las cosas en Italia. Señalaba también la

---

<sup>30</sup> Consulta del 28-XII-1617, AGS, Estado, leg. 1951, f. 40-41.



importancia del secreto. Por eso recomendaba disimular su verdadero objetivo fingiendo que se trata de alguna operación en Oriente, sin especificar el lugar.<sup>31</sup> Felipe III expresó su acuerdo con las propuestas de la junta e inmediatamente decidió sobre el nombramiento del comandante supremo del ataque secreto. Confió las fuerzas navales y terrestres al príncipe Filiberto de Saboya. Así le fue comunicado a este en Madrid el 19 de enero de 1618, con las instrucciones de partir hacia el Puerto de Santa María, donde al parecer tendría que ocuparse de la preparación de los barcos. El marqués de Santa Cruz debía marchar sin dilación con dos galeras a Italia, para agrupar en Mesina el grueso de las fuerzas navales destinadas a la jornada secreta.<sup>32</sup>

De la reunión de la junta podía juzgarse que, a pesar de los inconvenientes relacionados con la paz en Italia, consideraba posible llevar a cabo la campaña contra Argel en el año siguiente. Distinta se manifestó esta expectativa en el Consejo de Estado en su sesión del día 20 o 21 de enero de 1618. Messía estaba alterado por las últimas cartas del marqués de Villafranca del 23 al 30 de diciembre de 1617, que no eran en modo alguno alentadoras. Juzgaba que cuando todo estuviese ya en orden en Italia, quizá no quedase tiempo para disponer todo lo necesario. Y avisó de que, en caso de realizarse la expedición, además de los mencionados 28.500 infantes, que eran menester para la tierra, debía de contarse con otros 5000 o 6000, que permanecerían en la armada por todo lo que se pudiese ofrecer. El marqués de la Laguna opinaba, dada la situación en Italia, que sería peligroso sacar de allí parte de las tropas, y proponía retrasar la conquista de Argel hasta el año siguiente. Según el confesor las perspectivas mejoraron con la muerte del “Gran Turco” (Ahmed I, que falleció el 22 de noviembre de 1617), pero existían problemas de dos tipos: unos eran aquellos cuya solución dependía de los funcionarios reales, de los que se esperaba conseguir alimentos, municiones, tropas y navíos; sin embargo había corrido ya mucho tiempo y sería difícil llevar a cabo tanto en tan breve plazo, cuando todo debía juntarse desde sitios tan diversos. Otro tipo de problemas eran los que provenían de la situación en Lombardía y los peligros que de allí pudieran seguir, según lo que escribía el marqués de Villafranca. El confesor se refería asimismo a posibles temores ante las armas francesas en el Norte de Italia. En relación a ello proponía que, cuando ya no fuese posible ocultar la campaña contra Argel, se informase de ello al monarca francés y haciéndole confidente, para que no permitiese disturbios en Italia. Baltasar de Zúñiga, antiguo embajador en la corte imperial, cuya influencia estaba en alza en la corte madrileña, manifestó que la maquinaria que era preciso agrupar para la empresa era enorme y sería difícil tenerlo todo dispuesto en tan breve tiempo, incluso si las cosas en Italia estuviesen en el mejor estado posible. Expresó también su temor de que “el ruido de las armas”, es decir, los preparativos militares relacionados con la empresa argelina, exacerbarían aun más los ánimos en Italia, especialmente por lo que se refería a los venecianos, que se alterarían al ver los preparativos navales españoles, lo que en consecuencia exigiría dejar gran parte del ejército en Italia. En resumen, a pesar de que se trataba de un empeño

---

<sup>31</sup> El parecer de la Junta del 31-XII-1617, AGS, Estado, leg. 1951, f. 1-4.

<sup>32</sup> AGS, Estado, leg. 1952, f. 48.

tan relevante y tan necesario para la corona española, no veía como habría de ser posible organizarlo todo en tan breve plazo.<sup>33</sup>

Decisivo fue sin embargo el punto de vista de Felipe III, que juzgaba que si reinase pronto la paz en Italia, sería posible acometer la empresa sin aplazarla para otro año. Le comunicó al Consejo de Estado que, en vista de los daños provocados por Argel y de lo provechoso que sería conquistarlo, decidía que la empresa fuese llevada a cabo por una expedición real con las tropas correspondientes sin riesgo de depender de la mera sorpresa, y que si fuese necesario que él mismo participase personalmente en la empresa, que con gusto lo haría. Confiaba sin embargo en la capacidad y sabiduría del príncipe Filiberto. Las cifras reales sobre la flota y las tropas necesarias corresponden a las relaciones de noviembre de 1617, solamente el número de galeras había ascendido en una (de 83 a 84). Por lo que se refería a los gastos, se atenían a los cálculos de la junta del 31 de diciembre, que estimaban el dinero necesario en 900.000 ducados, a pagar en cuatro plazos.<sup>34</sup> Al poco este cálculo fue aumentado a 1.000.000 de ducados que el rey ordenó labrar de vellón (una aleación de plata y cobre<sup>35</sup>) para los fines de la empresa secreta. Para la mejora de la situación en Lombardía el rey ordenó al marqués de Villafranca que llevase a cabo lo estipulado en el tratado de paz. Proponía a la consideración del Consejo si Villafranca había de ser informado de la empresa, para que tras cerrar la paz preparase el ejército que había de ser empleado en la campaña, con lo cual se ganaría tiempo.<sup>36</sup>

La consulta del Consejo de Estado de 26 de enero de 1618 no difería en lo esencial de las anteriores. Messía juzgaba que aun cuando el marqués de Villafranca se diese mucha prisa en asentar la paz, no podría hacerlo antes de mediados o finales de febrero, e incluso si lo hiciese ya hoy y el dinero estuviese a la mano, era tanto lo que había que hacer, y en tantos sitios, que no daría tiempo. También señalaban el problema el confesor y el marqués de la Laguna, que propuso de nuevo el aplazamiento hasta el siguiente año, igual que Zúñiga. Éste llamó la atención de nuevo sobre las sospechas que podrían provocar en Italia los preparativos bélicos para la campaña argelina. Ni siquiera en el caso de que a los venecianos y al duque de Saboya se les confiase el secreto de los preparativos, creerían que era necesario armarse en tal manera. Y la necesidad de completar el ejército de España e Italia con una gruesa leva de alemanes y flamencos traería como consecuencia que estos soldados entrasen a Italia en las cercanías de las fronteras de Venecia y de Saboya, lo que causaría una alarma aún mayor en ambos estados y los obligaría a armarse, obligando por consiguiente a dejar en Italia un considerable número de tropas. La

---

<sup>33</sup> Consulta del 20/21-I-1618, AGS, Estado, leg. 1951, f. 42-45.

<sup>34</sup> AGS, Estado, leg. 1951, f. 46-47.

<sup>35</sup> Pero durante el gobierno de Felipe III, como explica Mariana en su famoso tratado en el que critica la política monetaria del monarca, el vellón fue reducido a cobre, sin mezcla de plata. Cfr. Juan MARIANA, "Tratado y discurso sobre la moneda de vellón", en: *Biblioteca de Autores Españoles*, vol. XXXI, *Obras del Padre Mariana II*, Madrid 1872, p. 581. El marqués de la Laguna comentó en septiembre de 1618 que las monedas fabricadas de vellón eran tan malas que se deshacían en las manos. Cfr. la consulta del Consejo de Estado del 7-IX-1618, AGS, Estado, leg. 1952, f. 201.

<sup>36</sup> AGS, Estado, leg. 1951, f. 42-45.

campana contra Argel era considerada absolutamente imprescindible por Zúñiga, pero opinó que no era adecuado precipitarla y que la situación no era tal que fuese posible realizarla durante el año 1618. Acerca de la pregunta sobre si Villafranca debía ser informado sobre el fin de los preparativos, Zúñiga no se definió. Mesía juzgó que si a pesar de todo el ataque hubiese de llevarse a cabo en ese año, Villafranca debía ser avisado. El confesor lo estimaba superfluo y el marqués de la Laguna expresó su opinión de que si Villafranca se enterase de que al frente de la expedición estaba otra persona, que no se daría la prisa necesaria. De forma parecida a anteriores ocasiones, el rey anotó a la consulta que se decidiría según la evolución de los acontecimientos en Italia.<sup>37</sup> En una declaración adjunta a la consulta del día siguiente, en la que Mesía repetía la opinión de que no quedaba tiempo para llevar a cabo la campana durante este año, Felipe III escribía que se esperaba al regreso del mensajero enviado a Villafranca, se continuase con la fábrica de bizcocho y si las cosas en Italia permitían el arribo de los barcos, sería conveniente no dejar pasar ese año para realizar el intento de la operación secreta, pues al año siguiente podrían aparecer obstáculos aún mayores.<sup>38</sup>

Era una opinión profética, aunque el rey no podía imaginar de donde caería un rayo. Sin haber abandonado la perspectiva de realizar la campana contra Argel todavía durante 1618, le dio el 19 de febrero instrucciones al general de las galeras españolas marqués de Santa Cruz para el viaje a Italia (habría de recibir la indicación para ello durante su estancia en Barcelona, dependiendo de la situación en Lombardía) y para tratar con los virreyes locales de los preparativos de la campana, para que todo lo que debía ser preparado en Italia estuviese en Mallorca a comienzos de junio.<sup>39</sup>

Al Marqués de Hinojosa, que ostentaba el grado de general de artillería, el rey le ordenó que le informase sobre los cañones, armas y municiones que había en Cartagena, Málaga y Cádiz.<sup>40</sup> Para ello debía trabajar en estrecha colaboración con Lechuga, cuando este volviese de Mámora. A comienzos de marzo de 1618 Hinojosa se ocupó del problema de conseguir la pólvora, que tenía que estar lista para mayo o junio. Recibió también instrucciones para preparar pertrechos para los zapadores. Tampoco fue olvidada la necesidad de conseguir alimentos, pero todo topó momentáneamente con la falta de dinero. El presidente del Consejo de Hacienda, del que se requirió que diese 250.000 ducados a cuenta de un 1.000.000 que el rey había mandado acuñar con el permiso de las cortes, declaró que hasta el momento no se había acuñado ni un ducado y que no podría dar más de 100.000, que proporcionaban los Fúcares y sobre los cuales entregaría las letras para las partes que el rey mandara.<sup>41</sup>

Importante para el destino ulterior de la empresa fue la sesión de la junta que se celebró, por orden del rey transmitida a través de Lerma, el 8 de marzo en la celda

---

<sup>37</sup> Consulta del 26-I-1618, AGS, Estado, leg. 1951, f. 48-51.

<sup>38</sup> AGS, Estado, leg. 1951, f. 52.

<sup>39</sup> Instrucciones a Filiberto, AGS, Estado, leg. 1950, f. 62.

<sup>40</sup> El marqués de Hinojosa a Antonio de Aroztegui, Madrid, 18-II-1618, AGS, Estado, leg. 1950.

<sup>41</sup> Información del 5-III-1618, AGS, Estado, leg. 1950.

del confesor, a la que además de Aliaga asistieron Messía, el marqués de Santa Cruz, Diego Brochero y el secretario Antonio de Aroztegui. Se les encomendó sopesar, teniendo en cuenta que el éxito de la empresa secreta dependía del tiempo y de la situación en Lombardía, si en su opinión y considerando los preparativos que era necesario realizar tanto en Italia como en España habría tiempo suficiente para que la empresa se realizase en este año, sin los obstáculos con que se habían encontrado las expediciones contra Argel desde los tiempos de Carlos V. El rey quería decidir definitivamente, sobre la base de la opinión de la Junta, si se debía continuar con los preparativos.<sup>42</sup> La Junta objetó que para que el ataque tuviese éxito, todo el ejército tendría que embarcar a comienzos de junio, para que así la acción pudiese ser ejecutada en agosto. Esto les parecía ya imposible en ese año. Especialmente porque estando la estación ya tan avanzada, no se sabía todavía si en Lombardía estaba ya todo allanado, y sin paz en Italia era imposible emprender otra cosa. En segundo lugar por la razón de que según el presidente del Consejo de Hacienda no había dinero disponible. En tercer lugar por las dificultades para reunir las tropas. E incluso si todo el ejército estuviese listo, surgiría el problema de trasladarlo, pues difícilmente se encontrarían en toda la costa de Génova barcos suficientes, y convocarlos de otras partes requería más tiempo. En cuarto lugar porque a consecuencia de la falta de dinero no se habían dado órdenes para proveer los bastimentos de verduras, queso, tocino, vino, carne de atún, salames y otros alimentos. Por esta razón la junta aconsejaba que la campaña se aplazase al año 1619 y se preparase con tal cuidado y discreción que fuese todo dispuesto sin ruido y la expedición se pudiese concentrar en Mallorca a más tardar a mediados de mayo.<sup>43</sup>

La consulta de la junta enterró las posibilidades de que el verano de 1618 pudiese ser empleado para el ataque contra Argel.<sup>44</sup> El Consejo de Estado repitió luego el

---

<sup>42</sup> Antonio de Aroztegui al duque de Lerma, s.l., 5-III-1618, AGS, Estado, leg. 1950.

<sup>43</sup> Declaración de la Junta del 8-III-1618, AGS, Estado, leg. 1950. De la sesión de la Junta salió además la lista de lo que consideraba imprescindible para la campaña. No se diferenciaba mucho de lo que contenía la relación en el documento datado el 8 de noviembre de 1617. La infantería debía tener 4500 hombres más, o sea 33.000 (12.000 españoles, 7000 napolitanos, 4000 valones, 4000 lombardos, 3000 alemanes y 3000 del Estado Pontificio), la caballería el mismo número y de los mismos lugares como en la lista precedente. Por lo que se refiere a los barcos, la junta contaba con 83 galeras, igual que en la relación mencionada, y además con 54 navíos gruesos (30 de la Armada del Mar Océano, 20 de Nápoles y Sicilia, 1 de Malta, 3 de Florencia), 20 chalupas grandes de Flandes, 5 urcas y 15 carabelas grandes portuguesas. La demanda de material de artillería fue aplazada hasta la llegada de Lechuga. Sobre la pólvora, la cuerda y el plomo la junta mencionaba que podría conseguirse en Milán, Nápoles y España según las listas que ya habían sido preparadas. La cuerda que faltase se traería de Flandes. De bizcocho proponía la junta labrar 89.000 quintales (28.000 de Nápoles, 20.000 en Cerdeña, 18.000 en Sicilia, 8000 en Barcelona, 6000 en Cartagena, 4000 en Málaga, 3000 en Génova, 2000 en el Puerto de Santa María). Para que fueran hechos en las mejores condiciones recomendaba esperar hasta la siega. Según su cantidad y con ello las condiciones de compra ventajosas, las cuotas podrían ser aumentadas o reducidas.

<sup>44</sup> A la consulta del 3 de marzo, en la que el Consejo de Estado advertía de nuevo que la campaña contra Argel era indispensable, el rey todavía respondió que “si este año se pudiera hacer concluida la paz de Italia, ayudaría mucho al estar tanta gente levantada con la que hay junta en Lombardía y que el Consejo viese que daría más causa de celos y armarse en Italia otros príncipes o hacer esta jornada

20 de marzo los argumentos habituales (lo avanzado de la estación y la incertidumbre en Italia), solicitando que “desde luego y sin que se pierda tiempo ninguno se vayan disponiendo las prevenciones y apercibimientos que fueran necesarios para que el año que viene se pueda ejecutar la jornada”. El marqués de Santa Cruz debía partir inmediatamente para Italia, con órdenes para el virrey de que cumplierse sus instrucciones sin disculpas ni retrasos.<sup>45</sup> De las respuestas del rey a la consulta del Consejo de Estado del 20 de marzo se desprende que se había resignado al aplazamiento del ataque, pero –de acuerdo con el postulado del Consejo– “de modo que no se detuviesen los preparativos de todo lo preciso para el próximo año, para que todo estuviese preparado en el tiempo adecuado”. Estuvo de acuerdo con la recomendación del Consejo, de que el marqués de Santa Cruz partiese a Italia, pero el viaje de éste fue posteriormente aplazado varios meses.<sup>46</sup>

Para los meses de verano, el príncipe Filiberto proponía varias actividades marítimas. Lo primero agrupar las galeras de Italia en Mesina y desde allí, cuando fuese necesario según las órdenes recibidas, zarpar con rumbo Este contra la flota turca. En caso de tener éxito, ésto sería muy importante para la tranquilidad de las costas italianas y para mejor asegurar los objetivos discutidos para el año siguiente. Contaba para su agrupación en Messina con sesenta y tres galeras, entre ellas la real y otras tres galeras de España, las restantes de Italia y Malta. Al virrey de Nápoles se le podría escribir que enviase los navíos a Mallorca con la orden de zarpar desde allí hasta tener Argel a su alcance y allí perseguir los bajeles que partiesen de ese puerto. Para proteger las costas españolas Filiberto proponía reforzar la Armada del Mar Océano<sup>47</sup> y enviar la nave capitana con otras cuatro y con navíos de la corona portuguesa a los cabos de San Vicente y Santa María, para que protegiesen aquellas costas de los piratas. Lo restante de la Armada del Mar Océano, bajo el mando del almirante Juan Fajardo, debería zarpar rumbo al estrecho de Gibraltar, adonde habría que enviar además doce galeras de la escuadra española con el fin de guardar el estrecho y perseguir a los piratas que apareciesen por allí. El marqués de Santa Cruz por su parte propuso utilizar el verano para la empresa contra Bizerta.<sup>48</sup> La mayor influencia en la decisión del rey la tuvo probablemente la opinión del duque del Infantado. El duque se oponía al viaje de Filiberto a Italia. Exigía que se le dedicase atención prioritaria a la protección del litoral español, sin desviar la atención a otras cosas. Tampoco el marqués de Santa Cruz debiera ir ahora a Italia,

---

este verano con lo que está hoy levantado allí, ayudando un poco con lo de acá, o levantándolo todo el año que viene”. Cfr. Consulta del 20-III-1618 (con referencia a la respuesta del rey a la Consulta del 3 de marzo), AGS, Estado, leg. 1952, f. 107.

<sup>45</sup> *Ibidem*.

<sup>46</sup> *Ibidem*.

<sup>47</sup> La Armada del Mar Océano nació en el siglo XVI. Su tarea era defender la costa atlántica española y garantizar la seguridad de la navegación, con un área de operaciones que iba del estrecho de Gibraltar hasta las Islas Canarias. Daba también protección a los barcos que volvían de India. Cfr. Fernando de BORDEJÉ MORENCOS, *Tráfico de Indias y política oceánica*, Madrid 1992, pp. 214–216 (el autor emplea el nombre Armada de la Mar Océano), y GARCÍA GARCÍA, *op. cit.*, p. 32, que aquí y en otros pasajes del libro proporciona información sobre esta armada.

<sup>48</sup> AGS, Estado, leg. 1952, f. 215.



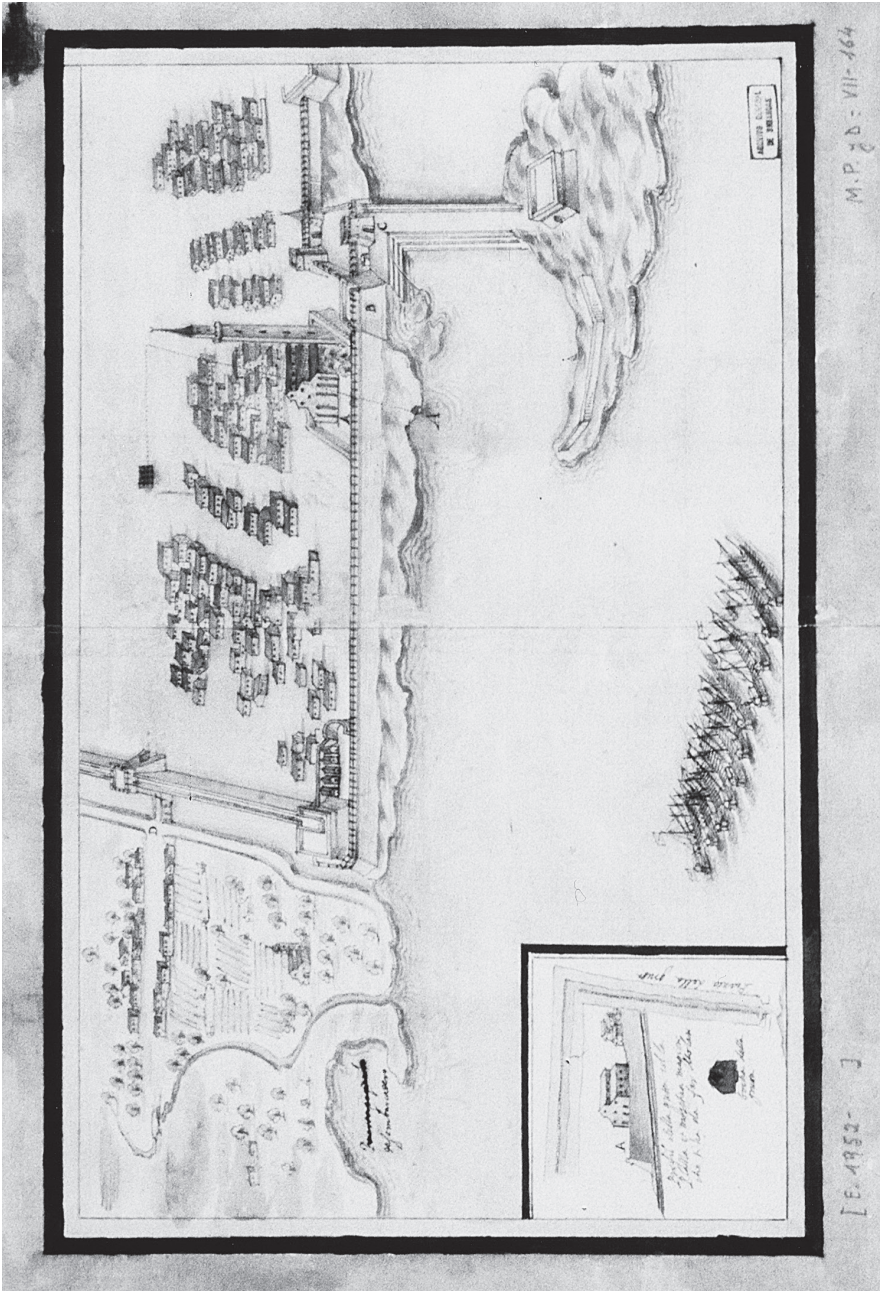


Imagen 2: Planta de Argel [16-?]. España. Ministerio de Cultura. AGS. MPD, IX, 49

sino hasta en el mes de octubre, que sería la época en la que se ha de solicitar y preparar lo acordado para el año siguiente. Ir antes, esforzarse por reunir escuadras en Italia y emprender algo con ellas, serviría tan sólo para irritar a los turcos. A juicio del duque en octubre, cuando comienza el tiempo de invernarse, el viaje del marqués ya no despertaría sospechas.

A la urgencia de reforzar las defensas del litoral español colaboró la noticia de que se disponían a partir de Argel sesenta buques. Llamaban la atención sobre ellos Messía y Zúñiga. Si se trataba de una amenaza turca, era según Zúñiga menor que en años anteriores, pues el nuevo gobernante tenía bastante trabajo en su propio país. Y en el caso de que la armada del turco apareciese e incendiase alguna localidad de Calabria, no sería esto tan importante como si los corsarios argelinos se apoderasen de Tarifa, Cádiz o alguna ciudad semejante. Esto provocaría un daño mayor y dañaría también la reputación del rey. Zúñiga recomendaba por ello utilizar también para la defensa de las costas españolas los galeones de Osuna y las galeras de Duque de Tursi y de la República de Génova. Todos los miembros del Consejo de Estado estuvieron de acuerdo en que Osuna debería enviar parte de sus bajeles a Mallorca con la orden de zarpar hacia las cercanías de Argel y liquidar piratas. El Rey ordenó luego a Filiberto que en lugar de marchar a Italia se dedicase a la defensa de España. Tomó una decisión similar con respecto al marqués de Santa Cruz, que debía irse a las galeras de su escuadra y ponerlas en condiciones. La defensa contra la posible amenaza de parte de la armada turca le fue confiada a los virreyes italianos.<sup>49</sup>

En la correspondencia de Osuna enviada a Madrid de finales de febrero hasta el 14 de abril es manifiesta su poca disposición a enviar diez barcos al estrecho de Gibraltar y retirar las naves del Mar Adriático, como le había ordenado el monarca. No lo consideraba oportuno, argumentando que los venecianos obraban con mala voluntad contra la corona española, armándose por todas partes y teniendo incluso la intención de hacer a Francia árbitro en Italia. Felipe III no se dejó influir por este argumento y el 18 de mayo reiteró su decisión de que el duque retirase su fuerza naval del Adriático. Mientras que Felipe III quería tranquilizar a Venecia, Osuna, como se desprende de su correspondencia posterior, buscaba la ocasión para provocar un enfrentamiento. En respuesta a la pregunta sobre como podrían ser utilizadas las fuerzas navales y militares de la monarquía española en el año 1618, en caso de que se asegurase la paz en Italia, Osuna propuso que se aprovecharan las disputas sucesorias en el imperio otomano para realizar una campaña en Oriente. Con respecto al ya preparado ataque a Argel, sobre el que el Rey resaltaba repetidamente la importancia del secreto, Osuna hizo saber que en Nápoles ya se hablaba abiertamente de él. Envío además copia de una carta que le había escrito Solimán de Catania, bey argelino, con el que había trabado amistad cuando era virrey de Sicilia. Quería saber si debía reforzar las relaciones amistosas con él, pensando que podrían ser de ayuda en caso de llevarse a cabo la empresa argelina. El Consejo de Estado y el rey se mostraron a favor de que continuase escribiéndose con Solimán,

---

<sup>49</sup> AGS, Estado, leg. 1952, f. 215 y consulta del 4-IV-1618, AGS, Estado, leg. 1952, f. 217.



pero con precaución. Con la acción en Oriente no estuvieron de acuerdo. El duque del Infantado tomó postura ante la noticia de que los preparativos contra Argel no eran ya secretos. No veía en ello motivo suficiente para no continuar. Esta era sin duda también la opinión de Felipe III, el cual contra la opinión de algunos miembros del Consejo, de que el marqués de Santa Cruz tenía que ir a pesar de todo a Italia, ordenó que se quedase en las costas españolas y aplazase su viaje hasta octubre.<sup>50</sup>

En lo referente a la campaña contra Argel el rey volvió a ella con una serie de disposiciones que el duque de Lerma le comunicó el 11 de junio de 1618 al secretario Antonio de Aroztegui. Como manifestó Lerma, el rey, que tenía gran deseo de que se realizase la jornada secreta, que se había aplazado por ese año, había decidido y ordenado que se continuase sin descanso en su preparación y encomendaba a Aroztegui y Messía que se reuniesen con este fin y se encargasen cuidadosamente de todo lo necesario, de forma que todo estuviese dispuesto para mayo de 1619. Lerma comunicó asimismo que Felipe III había enviado un mensaje al presidente del Consejo de Hacienda para que les diese “el dinero que fuere necesario cuando se le pidiere del millón de vellón que está reservado para el efecto”. El monarca ordenó también que se tratase inmediatamente sobre el momento en que habían de prepararse los soldados y del número de galeras y otros bajeles que se habían de juntar y que se previniese desde luego todo lo tocante a los bastimentos. Solicitó de nuevo que se mantuviese el secreto, pidió la rápida venida de Lechuga para organizar todo lo referente a la artillería y recordó su decisión de que el marqués de Santa Cruz fuese a Italia en octubre.<sup>51</sup> Para garantizar un número suficiente de tropas en la empresa contra Argel, Felipe III buscó refuerzos en los Países Bajos. El 13 de junio escribió al archiduque Alberto que en vista del creciente número de los piratas argelinos reclutase a 3000 flamencos y alquilase para su transporte navíos de porte de 300 o 400 toneladas, que permanecerían a su servicio por cinco meses. Alberto tenía que comunicarle cuanto costaría eso.<sup>52</sup>

*(Traducción: Antonio Rivas)*

---

<sup>50</sup> Consulta del 18-V-1618, AGS, Estado, leg. 1952.

<sup>51</sup> El duque de Lerma [a Antonio de Aroztegui], de Palacio, 11-VI-1618, AGS, Estado, leg. 1950.

<sup>52</sup> Felipe III al archiduque Alberto, s.l. [13-VI-1618], AGS, Estado, leg. 1950.